



Cinco años sin Primavesi

Por Virgínia Mendonça Knabben. Fuente: Brasil de Fato.

2025/01/22

En aquella visita al campo, el agricultor estaba cosechando las grandes y hermosas patatas que había plantado. Con su mirada de rayos X, [Ana Primavesi](#) sabía que las patatas estaban así por el uso de agrotóxicos y la fertilización con nitrógeno, lo que resultaría en una falta de calcio. Las patatas cultivadas de esta forma eran ricas en una sustancia, la solanina, que quema la garganta. Ana preguntó: "¿Son buenas estas patatas?". El hombre se dio la vuelta y respondió asombrado: "¡Jesús! Estas patatas no son para comer!" "¿Pero para qué las has plantado?" - consultó Ana. "¡Para venderlas!".

El relato de Ana Primavesi muestra exactamente cómo ha sido tratado el suelo: un mero soporte para los fertilizantes, algo que explotar y trabajar, sin tener en cuenta su naturaleza geológica, su génesis y su importancia. "La agricultura ha sido el arte de explotar un suelo muerto", afirma. Y en cada conferencia, clase o curso al que asistía,



Ana mostraba paso a paso la [dinámica que mantenía el suelo vivo](#), con poros para la entrada de aire y agua, penetración de raíces y buena circulación de nutrientes.

El suelo es roca descompuesta, y hacen falta unos 400 años para que se forme 1 cm de suelo. Como escribió Ana: "El suelo no es un soporte para abonos, agua de riego y cultivos, sino un organismo vivo, cuyo esqueleto es la parte mineral, los órganos son los microorganismos que lo habitan y la sangre es la solución acuosa que circula por él. Respira como cualquier otro organismo vivo y tiene su propia temperatura. Necesita a las plantas tanto como las plantas necesitan de él". La defensa de la vida del suelo fue el gran baluarte de la vida de esta científica.

En los años cincuenta, Ana y su marido Artur Primavesi fueron invitados por un grupo de agrónomos para "recuperar la fertilidad de las tierras de Sorocaba (interior de São Paulo)". La finca en la que pretendían plantar, un descampado, tenía el suelo extremadamente degradado.

El desafío no era sólo recuperar el suelo: había que plantar trigo, porque se comía pan, pero el cereal no se cultivaba en Brasil y había que importarlo. Fue una revolución. El trigo cosechado fue de altísima calidad y el suelo se recuperó totalmente. La hazaña puso en tela de juicio un aspecto muy importante de la agricultura: la idea de que es un proceso extractivo, y que para sembrar es necesario explotar el suelo. Los Primavesi habían demostrado, en la práctica, que la agricultura implica reciprocidad: uno cuida la tierra, le da todas las condiciones para que produzca, y ella retribuye con cosechas abundantes, tanto en cantidad como en calidad principalmente. La agricultura que practicaban mantenía el ciclo de fertilidad del suelo, como una fuente inagotable.

Ana Primavesi nunca vio la naturaleza como un recurso natural a explotar; cierta vez que la invitaron a visitar una plataforma petrolífera, su guía se esmeró en mostrarle cómo funcionaba todo, y lo grandioso que era el trabajo. Finalmente llegaron donde brotaba la savia del progreso. Fue entonces cuando ella hizo el único -y definitivo- comentario de aquella visita: "Muy bien, ustedes sacan todo esto de la tierra, pero ¿qué dan a cambio?".

Cuando Ana vio que las patatas eran grandes, mucho mayores al tamaño esperado, supo que había (como se dijo) falta de calcio. Al leer sus libros, esto se comprende fácilmente: todos los macro y micronutrientes presentes en el suelo actúan en proporciones predefinidas por la naturaleza. El suelo tiene una tabla periódica de elementos en la que uno activa o desactiva al otro, dependiendo de las proporciones. En un suelo vivo, estas proporciones están equilibradas. Cuando se fertiliza químicamente, se aumenta la proporción del elemento agregado; entonces, para mantener el equilibrio, todos los demás deben aumentar también en sus proporciones respectivas. Ése es el gran problema: Ana enumeró aproximadamente 45 elementos,



incluidos micro y macronutrientes, que deben tenerse en cuenta al abonar; sin embargo solo se aplican menos de diez. Las patatas sembradas para la venta sólo recibieron nitrógeno, provocando la disminución del calcio. Esto sucede todo el tiempo en la agricultura.

Este aspecto, aparentemente demasiado técnico para que lo entiendan quienes no están familiarizados con el tema, está directamente relacionado con nuestras vidas: un alimento cultivado en estado de desequilibrio no produce las sustancias para las cuales está genéticamente programado, "quedando a mitad de camino", como explicaba Primavesi. Los alimentos pasan a tener un bajo valor biológico. No nutren, o nutren poco. Y así, nos alimentamos con alimentos cultivados para vender.

La cuestión no se detiene ahí. Cuando la planta manifiesta su deficiencia, la propia naturaleza intenta corregirla: la "policía sanitaria" del planeta entra en acción. Aparecerán insectos, hongos y otras criaturas que aprovecharán la ocasión para alimentarse. Una vez más, el didactismo de Ana Primavesi aclara este aspecto con sencillez: estos seres no pueden "comer" cualquier planta. Se las arreglan para cortar y succionar lo que sus enzimas son capaces de digerir. Así, las plantas con sustancias inacabadas, sencillas, son fuente de alimento para estos seres, a los que ahora llamaremos "plagas". Y mientras nos ocupamos en aniquilarlas con agrotóxicos que lo contaminan todo: el agua, el aire, las plantas, el suelo, los insectos, los pájaros y otros seres, lamentamos informar que los alimentos siguen siendo deficitarios, enfermos por los desequilibrios químicos, ahora aún más por la acción pestilente de los venenos.

Ana Primavesi, que nació en 1920 y siempre vivió en el campo, siguiendo muchos de los cambios que ha experimentado la agricultura, incluida la Revolución Verde (que no fue verde en absoluto), fue categórica al afirmar que nada de esto aumentaría las cosechas; al contrario, promovería una lenta y continua disminución de la capacidad de producción agrícola. Repetía una y otra vez que sin un suelo sano, las plantas tampoco estarían sanas. Y, por supuesto, sin plantas y alimentos sanos, no podríamos tener salud ni vigor. Algunos le prestaron atención a sus palabras; éstos, podemos decirlo con absoluta certeza, prosperaron con salud y humildad, porque comprendieron que, al igual que una mujer necesita nueve meses para dar a luz, la tierra tiene su tiempo para gestar toda la multiplicidad de vida que hace posible. Humildad es una palabra básica en la práctica agrícola, porque en su raíz etimológica significa conectar con la tierra.

Hoy, sin la presencia de esta mujer que revolucionó las ciencias agrícolas con sus conocimientos, asistimos a un auge de adeptos a esta agricultura respetuosa, viva, biodiversa, integradora y [agroecológica](#). Cada vez oímos nuevas palabras y términos, como agricultura regenerativa, agroforesta, sintropía, control biológico, bioinsumos y



otros, que no son más que “nuevas ropas” para lo que enseñó la sabia y anciana Primavesi.

Nomenclaturas aparte, la buena noticia es que el mundo ha vuelto su vista al suelo y a su vida. La agroecología es cada vez más popular y cientos de estudiantes se embarcan en cursos técnicos o académicos inspirados en Ana María Primavesi. Sin embargo, mientras vivió, recibió grandes críticas y se enfrentó a la oposición, la envidia y, sobre todo, el descrédito.

Ana no pudo presenciar en vida la Primavera Agroecológica que sembró. Pero dondequiera que esté, prevalecerá en ella el sentimiento del deber cumplido.

Republicado de Brasil De Fato. Idioma original: portugués. Traducido al español por RAÍCES. Enlace original disponible en: <https://www.brasildefato.com.br/2025/01/06/cinco-anos-sem-primavesi>

Virgínia Mendonça Knabben es geógrafa y profesora. En 2016 publicó la biografía “Ana Maria Primavesi - Histórias de Vida e Agroecologia” por la editorial Expressão Popular, que posee los derechos de autor de prácticamente toda la obra de Ana Primavesi.
